

PRESENTACIÓN

Cádiz conmemoró el Bicentenario de la Constitución de 1812. Esta conmemoración fue un punto de reencuentro entre España e Iberoamérica, entre Europa y América. Y la raíz inexcusable de ese reencuentro fue el español. No hubo actividad intelectual que no fuera compartida por esas dos regiones del mundo en esta lengua. Recordar todo ello pareció particularmente oportuno en un momento en el que, no solo se celebró el Bicentenario de la Constitución gaditana, sino también la puesta en marcha de los procesos de independencia de los países americanos, que, en momentos clave de la historia, han sido el más sólido baluarte de la lengua común. Cabe añadir que Cádiz fue durante el año 2012, de manera muy significativa, la capital iberoamericana de la cultura.

Somos herederos de los logros de nuestros antecesores en la Asociación. Entre ellos hay nombres ilustres de la filología española que están en la mente de todos. Quiero acordarme especialmente de maestros como don Rafael Lapesa, don Manuel Alvar, don Emilio Alarcos y don Juan Miguel Lope Blanch. Y de quienes nos dejaron desde el congreso de Santiago de Compostela, como don José Luis Rivarola, don Jean Roudil, don José Mondéjar, don Andreas Wesch y, ya después del congreso de Cádiz, don Peter Koch. Para todos ellos, nuestro recuerdo más emocionado por su ejemplo humano, su sentido del humor y su amor a la ciencia. A los profesores Roudil y Koch, por diferentes razones, estuvieron particularmente ligados algunos profesores actuales de la universidad de Cádiz, que aquellos, lamentablemente, no pudieron pisar nunca. Si se me permite, deseo añadir mi memoria imborrable por las estancias en París en que se reflejó la imagen de la sabiduría, la prudencia y la humildad de don Jean.

Pero hay una persona a la que especialmente se debe recordar en este momento de manera muy singular. Me estoy refiriendo, naturalmente, a don Manuel Ariza Viguera, Manolo Ariza, quien fue profesor visitante durante dos cursos, a finales de los años noventa, en la universidad gaditana, pero, más allá de su periplo por diversas universidades españolas y extranjeras, en este caso resulta especialmente digno de mencionar su condición de organizador del primer congreso, de la que iba a ser, y terminó siendo, la Asociación (Internacional) de Historia de la Lengua Española, nacida en aquella primavera de 1987 recién entrada, en Cáceres, en un edificio (¿impensadamente?) localizado en la avenida de los Quijotes (ahora, avenida de la Universidad). Contra viento y marea, Manolo, primer secretario de esa Asociación presidida por don Rafael, nos llevó a buen puerto en la primera travesía, sin perder nunca, con temple y con seguridad, el rumbo y la dirección de la nave que le habíamos

encargado. Gracias a ello, la Asociación surcó las aguas con fuerza y con empeño, con determinación y con suavidad, en aquellos congresos iniciales. Entre otras muchas cualidades, quiero fijarme en dos que se manifiestan en nuestro inolvidable Manolo. Por un lado, mucho sabía, pero nunca apabulló a nadie, pues su enorme saber era de una sencillez y una humildad que no buscaba presumir, sino, si era necesario, ayudar. Por eso, entre otras cosas, la Asociación se lanzó a la vida con limpieza porque Manolo, a quien con razón don Rafael encomendaba su labor, merecía la confianza de todos los que entregaron su vida al estudio de la historia del español. Por otro lado, en los momentos decisivos hay una palabra que no se cae de los labios de nadie: la entereza. Nuestra admiración, la de los que lo conocemos, se explica fácilmente por ese emotivo encuentro entre personas que se produce a lo largo de la existencia. Hasta siempre, Manolo.

Dentro del conjunto de actos conmemorativos se integró este IX Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española, por lo que dimos las gracias, en primer lugar, a la Universidad de Cádiz, de la que nació el impulso inicial, pero se concretó en su Vicerrectorado de Proyección Social, Cultural e Internacional, su Facultad de Filosofía y Letras y su Departamento de Filología, que cooperaron en todo lo que estuvo al alcance de su mano. En el capítulo de reconocimientos, no pudo faltar una serie de empresas particulares, como la División Global Santander Universidades del Banco de Santander, a través de la Fundación «Biblioteca Virtual Cervantes», la Fundación Mapfre y la Fundación Endesa, que, en este momento del país, estuvieron a la altura de las circunstancias y demostraron la responsabilidad y la sensibilidad sociales que, en otras naciones, contribuyeron decisivamente al desarrollo cultural y científico. Sin la ayuda de todos estos organismos e instituciones fue imposible llevar felizmente a término nuestra tarea. Llegado el momento de publicar estas actas, se debe añadir la aportación liberal (no se puede decir mejor) de la Junta de Andalucía, la Oficina 2012 del Ayuntamiento de Cádiz y la Asociación de Historia de la Lengua Española.

Se ha tenido especial cuidado en la publicación de las actas, pues, como en las revistas científicas, se han sometido los originales a un proceso de evaluación, en el que han participado dos evaluadores por comunicación, a veces tres, todos ellos personas de absoluta certeza en su trabajo, entre treinta y cuarenta en total, destacadas tanto por su saber científico como por su seriedad.

Igualmente, se debe resaltar la impecable labor y la dedicación desinteresada y extenuante de los miembros del comité organizador, los profesores Mariano Franco Figueroa, Manuel Rivas Zancarrón, Teresa Bastardín Candón y Francisco Javier de Cos Ruiz, quienes, tanto en

el congreso como en la edición de las actas, han estado pendientes del más mínimo detalle con el pensamiento de conseguir que la nave del congreso llegara puntualmente y sin novedad al puerto de destino. Naturalmente, muchos alumnos de estos profesores colaboraron generosamente en todas las labores que he mencionado.

Cada congreso particular se ha distinguido por alguna sección especial. Por eso, en esta actividad consagramos dos secciones específicas a sendos ámbitos que nos parecieron del máximo interés en el caso de un congreso de Historia del español con sede en Cádiz, a saber, el español de América, el «gran desconocido» que, gracias a estos congresos, es cada vez más foco de atención, y el lenguaje del derecho, de la economía, de la prensa y de la política, con especial atención a los siglos XVIII y XIX, ámbito temporal en que se engendró la Constitución de 1812 y en el que esta se convirtió en modelo para el movimiento constitucional dentro de nuestras fronteras y más allá de ellas, al mismo tiempo que en piedra de toque para percibir la difusión de la modernidad en el seno de la sociedad española y de las nuevas repúblicas independientes.

Como en otros congresos de Historia de la Lengua Española, por «seguir inquiriendo el mensaje que se guarda en el ser y el devenir de nuestra lengua», como nos dijo don Rafael, quisimos respetar todo lo bueno y continuarlo, y es mucho lo que la Asociación atesoró a lo largo de estos años, desde 1987, aunque no renunciamos a insertar algún grano de arena propio, tales como las secciones de Crítica textual y Lenguajes específicos, al mismo tiempo que, en lugar de mesas redondas, incluir conferencias sobre estados de cuestión, relativamente específicos más que generales, en los diversos niveles lingüísticos.

Traigamos a la memoria nuevamente lo que decía al principio. Las actas es el testimonio de que esta ciudad, Cádiz, pidió la organización de un congreso que significó la conmemoración de los muchos hechos ocurridos en 1812 o en torno a ese año. Solo me queda dar las gracias a muchas personas que me han ayudado en muchos momentos con total generosidad, «pidiendo de nuestras faltas / perdón, pues de pechos nobles / es tan propio el perdonarla».

JOSÉ MARÍA GARCÍA MARTÍN

